



Fausto Avendaño

Las vacaciones europeas

La familia Conde del Rey, que por primera vez viajaba al extranjero, recorrió el Norte y Sur de Francia, iniciando el viaje en París y terminando en las afueras de Toulouse rumbo a España, donde pensaba seguir sus espléndidas e inopinadas vacaciones europeas, ganadas por simple suerte loca en un concurso de los muchos que se celebraban en California. (Se trataba de un sorteo que les exigía únicamente un retrato de la familia para la promoción de una marca de cacahuates muy conocido en los Estados Unidos).

El día que se anunció que don Carlitos Conde del Rey era el ganador del premio gordo, su familia echó un estridente grito de alegría y abrazó efusivamente al pequeño patriarca, ya que cada uno de los hijos de la familia, Juanito, Sofía y Margarita, así como la esposa, María Cristina, y la suegra, doña Cristina Rómulo Viuda de Galán, se sabía ganador también. De hecho, la familia entera se entregó al frenesí. Y con razón. El viaje que se les prometía tenía un valor de diez mil dólares, sin derecho a pedirlo en efectivo, pues el premio no consistía en metal sino en servicios y hoteles. (Hay que decir, de paso, que si les hubieran dado la opción de recibir dinero en efectivo, la habrían rechazado, pues siempre habían soñado con unas vacaciones europeas, en las que vivirían a cuerpo de rey, sin más cuidado que la selección del alimento que consumirían). Se otorgaban vuelos de ida y vuelta (en clase turística) para seis personas, el número exacto de la familia. ¡Qué suerte loca! Además, se les concedía

un auto alquilado, así como quince mil francos franceses para gastos misceláneos. ¡Era un sueño hecho realidad!

Hicieron las maletas a troche y moche, echando cuantas prendas creían necesarias, sin dejar de llevarse espejitos y pinzas para sacarse las cejas, aceites para la piel, cosméticos de toda clase, tijeras, y cremas para las espinillas, entre otras cosas. Mientras tanto, a fin de agenciar una licencia, despacharon a don Carlitos a su empleo, una de las principales envasadoras de refrescos en San Diego donde el afortunado llevaba trabajando más de dos décadas sin grandes vacaciones, a no ser un viajecito a Michoacán a visitar a unos familiares. Pidió dos semanas de vacaciones, disculpándose mucho por su ausencia, pero ¿qué iba a hacer? Se trataba de una oportunidad que jamás se volvería a repetir. El jefe, contagiado del entusiasmo de su empleado, le dio las dos semanas, insistiendo en que se tomara un mes, si quería, pues un viaje a Europa no era cualquier cosa.

Llegaron a París dos días después, tras un vuelo de doce horas, bastante molidos y soñolientos por el cambio de horario, pero prestos para comenzar lo que suponían la aventura de su vida. Después de instalarse en el hotel que, por cierto, no estaba mal (tenía sus tres estrellitas en la entrada), se fueron a comer al bistro más cercano. Ahí se saciaron de paté, de huevos de codorniz, de jamones del Sur del país, de papas fritas y de quesos franceses.

-¡Qué buenas están las papas, o patatas, como dicen nuestros primos europeos -dijo don Carlitos mientras comía. Una expresión pícaro se le dibujaba en el rostro-. ¡Parece que los franceses inventaron el tubérculo! Doña Cristina, por otra parte, no se aguantó una expresión de satisfacción: -Estaba hecha yo para esta cocina. ¡Caray! Y pensar que he vivido tantos años sin el llamado paté.

Esa noche terminaron rendidos pero contentos y durmieron doce horas en hilo hasta que a eso de las once de la mañana les llamaron de recepción, diciéndoles que se había presentado un hombre, agente de la compañía, la del premio, para entregarles las llaves del coche, ¡más los quince mil francos que les pertenecían! Salió don Carlitos apresurado, así como legañoso, a hablar con el tal agente y, dicho y hecho, se le entregaron las llaves y un chequesazo por la antedicha suma. Qué felicidad, qué maravilla, se decía en sus adentros don Carlitos, al mismo tiempo que intentaba expresar su agradecimiento.

«Merci», «très bien», repetía, entre otras palabras medio francesas que se le ocurrían.

El agente, un parisiense de ojos pardos y pelo azabache, le sonreía con una avejentada dentadura color gris. En un inglés mezclado con palabras gálicas, el hombre le dijo que el auto era suyo por todo el mes, si así lo deseaba, y que podía hacer lo que se le antojara con los francos, pues era el deseo y placer de la compañía.

Esa tarde, con toda la familia en el coche, se atrevió a manejar en la «Ciudad de las Luces», dando esquinzos repentinos como cualquier parisiense; cuando las luces de los semáforos cambiaban de color, arrancaba como un demente antes que los demás conductores lo alcanzaran, haciendo caso omiso de las protestas de su mujer, María Cristina, y de su suegra, doña Cristina.

-¡Nos vas a mataaar! -gritaba la achochada suegra, cogiéndose del asiento de enfrente cada vez que don Carlitos hundía el acelerador.

-Ya, Carlitos, por favor -dijo su mujer a un punto, cogiéndolo del hombro-. ¡No te pongas al tú por tú con esta gente que tiene fama de maniática!

Pero Carlitos no hizo caso. Andaba encantado de la vida y no tenía el menor deseo de calmarse, pues los hijos de la ilustre Galia no lo iban a acobardar de ninguna forma. ¡Don Carlitos Conde del Rey no le tenía miedo a ninguno, tuviera la fama que tuviera! Además -y esto lo alentaba- los chiquillos, desconociendo el peligro que corrían, chillaban de gusto a cada frenazo y arranque que daba su padre.

Ese día, a pesar de los nervios de las mujeres, sobre todo los de doña Cristina, se divirtieron en grande, pasando a visitar tres museos y cuatro iglesias, entre ellos el Louvre y la iglesia Sacré Coeur, que les impresionó sobremanera.

-¡Qué santuarios tan preciosos! -dijo a un punto doña Cristina- ¡Y qué museos! Aquí lo tienen todo juntito que da gusto.

Terminaron el día, paseándose por los Campos Elíseos, comprando chucherías en las orillas del Sena y cenando pato a la naranja en el restaurante del hotel.

En los tres días que permanecieron en esta ciudad, visitaron La Défense, famoso barrio ultramoderno de París; hicieron un recorrido en barco por el Sena; vieron las maravillas góticas de Notre Dame (Nuestra Señora); y pasaron a retratarse en Montmartre. Además, como don Carlitos quería conocer un poco de la vida nocturna, se fue con su mujer al Moulin Rouge (el Molino Rojo), dejando a sus tres hijos con la suegra en la habitación del hotel, ya que lo que iban a ver no era espectáculo para niños, aunque muy artístico y digno de ser apreciado (según le habían contado). Al término del espectáculo de dos horas, salieron a beberse un té y don Carlitos se declaró satisfecho con la «obra de baile y música». Su mujer María Cristina, claro, no coincidió con la opinión de su marido, tildando la presentación de descarada y pornográfica, en la cual abundaban las mujeres desnudas, mostrando cuanto Dios les había dado.

-Es un arte, mujer -le dijo don Carlitos-. Hay que saber entenderlo. -Y terminó su comentario con un guiño de ojo.

-Pues, sea lo que sea, arte o descarado, a mí no me gustó -dijo ella, medio seria, medio chancista -pero supongo que el verlo una vez no hace daño.

Una vez que hicieron y deshicieron todo lo que se les había recomendado en París y el dinero aún no menguaba, se pusieron en marcha hacia el Sur, a fin de hacer un recorrido de la llamada Côte d'Azur de la cual habían oído maravillas extraordinarias. Pasaron por Lyon, Marsaille, Toulon, Cannes, Nice (pronunciando los nombres en francés, pues no querían parecer ignorantes; además, decir «Niza» por «Nice» les sonaba demasiado etnocéntrico) y cruzaron la frontera a Italia, haciendo un recorridito de

la costa norteña, retachándose luego, sin embargo, debido a que no tenían hotel confirmado. De vuelta en Francia, se dirigieron a Toulouse donde pensaban quedarse un par de días antes de pasar a los Pirineos y entrar en España. Barcelona figuraba en su itinerario y ni don Carlitos ni doña María Cristina querían dejar de visitar esa gran ciudad. Claro que no podían adivinar la aventura (o desgracia) que les esperaba camino de Cataluña.

En las afueras de Toulouse, sobre la carretera que se dirigía a la Madre Patria, doña Cristina que, hasta ese punto había dado muestras de robustez, sintió un inesperado malestar a raíz de la nuca y le pidió a don Carlitos que hiciera una parada lo más pronto posible. Éste, pensando que se trataba de urgencias de la vejiga, contestó bonachonamente que haría lo que se le pedía en cuanto encontrara un prado sombreado. Y añadió:

-De todas formas es casi la hora de comer.

Se le hacía agua la boca al pensar en el paté de campagne que había comprado en Toulouse. Iría bien con el vino tinto adquirido en Castelnaudary.

Don Carlitos se desvió del camino en el sitio que pensó propicio y encontró un lindo prado, sombreado y fresco. Estacionó el coche debajo de un frondoso pino a unos seis metros de las aguas de un riachuelo cristalino. El yerno ayudó a la suegra a bajarse del fiat y la acompañó hasta la sombra de un olmo a la orilla del agua. Informado ya que se trataba de un mareo, don Carlitos supuso que la abuela estaba fatigada por el viaje.

Ayudándola a sentarse sobre una manta que María Cristina había traído, le preguntó:

-¿Se siente mejor?

-Creo que ya estoy mejor -dijo la anciana, agradecida.

El almuerzo se llevó a cabo sin novedad. Don Carlitos consumió media botella de tinto con sus tres rebanadas de pan embarradas de paté, entre otras cosas, mientras que su mujer prefirió un emparedado de Roquefort. Los niños, desde luego, no titubearon en echarse a la tarea, comiendo buena porción de pan y queso, acompañados de gaseosas del país. También doña Cristina se alimentó bien, sorprendiendo a su hija, pues ésta la suponía algo molesta del estómago.

-¿No se irá a sentir mal del estómago con el paté? -le dijo a su madre.

-No creo... -dijo la anciana-. Si del estómago estoy bien; era la nuca; la nuca es la que me estaba doliendo.

Terminada la comida y con el estómago sosegado, la conversación comenzó a menguar hasta que todos terminaron callando. Los niños, así como doña Cristina, se durmieron, mientras los cónyuges se tendieron abrazados sobre una manta y se pusieron a observar las copas de los árboles. Las ramas se agitaban ligeramente con la brisa de la tarde.

Don Carlitos no durmió de verdad, pero como si hubiera dormido

profundamente, pues se le vino un cansancio inesperado a los ojos, transportándolo a un mundo de chirridos y murmullos donde todo le parecía ideal. Sólo el ruido de un suspiro profundo y prolongado, seguido de un mudo eructo, le hizo abrir los ojos momentáneamente. Pensó, en su letargo, como era natural, que se trataba de los ronquidos de su suegra, la cual supuso profundamente dormida.

Eran las dos de la tarde cuando fueron despertando los niños y María Cristina. Don Carlitos ya estaba de pie y comenzaba a recoger las mantas y las bolsas de alimento para echarlas en el baúl del coche.

Despierten a la abuela -dijo María Cristina a sus hijos, al ver que la anciana aún dormía. La mujer estaba echa bola, encogida como un recién nacido. Juanito, el menor de los niños, le dio unas palmaditas a la abuela, pero ésta no reaccionó.

-Se hace la cochinita -dijo el niño, pensando que la abuela jugaba con él.

-Margarita, despierta a tu abuela -le dijo la madre a la mayor-. Ya es tarde y nos tenemos que ir.

-¡Mamá, la abuela no quiere despertar! -gritó la niña de doce años después de sacudir a la mujer sin ningún efecto.

-¿Cómo? ¿Qué dices? -dijo María Cristina algo agitada-. Se acercó don Carlitos y dijo:

-Háganse a un lado. Yo me encargo de despertarla. Ha de estar rendida.

Don Carlitos se puso en cuclillas delante de la mujer postrada y le puso la mano en la mejilla.

-¡Caramba! -exclamó sin querer. Sintió que la abuela estaba helada y tesa igual que un trozo de hierro.

-¿Qué le pasa a mi nana? -dijo el niño echando a llorar.

Don Carlitos, un hombre que siempre llevaba una ligera sonrisa en los labios, alzó la vista, mostrando un semblante grave.

-Mi amor -dijo dulcemente, dirigiéndose a su mujer-. No sé qué decirte. La Abuela...

María Cristina no le permitió terminar la oración. Echó un grito terrible:

-¡Mi madre! ¡No! ¡No puede ser!

Y comenzaron a llorar todos.

Tras un largo rato de lágrimas y lamentaciones, don Carlitos intentó calmar a todo el mundo, consolando a los niños con la buenaventuranza del Cielo y diciéndole a su esposa que tenían que hacer las diligencias necesarias para transportar el cuerpo a California lo antes posible.

-Tendremos que avisarle a la autoridad -dijo-. Después veremos cómo se podrá mandar a la abuela a San Diego.

Mandaron a los niños al coche y los dos adultos se pusieron a preparar a la difunta para llevarla al fiat. Con ternura y respeto, la rodaron sobre la manta, cubriéndola con la misma hasta que el cuerpo quedó completamente cubierto. Cogieron las puntas de la manta enrollada y caminaron hacia el

coche.

-¿Dónde la ponemos? -dijo don Carlitos, pujando con el esfuerzo. La suegra pesaba, por lo menos, unas ciento setenta libras.

-No sé dijo la mujer. No la podemos colocar en el asiento de atrás. Tengo miedo que los niños se espanten.

-En el baúl -dijo el marido-. Ahí estará bien. Dios sabe que no le faltamos al respeto a los muertos.

Con la abuela muerta, metida en el baúl del fiat, la familia de don Carlitos Conde del Rey, gimoteando y triste, se dirigió al café más próximo para llamar a la autoridad.

Al poco rato, estacionaron el auto enfrente de Le Petit Saint-Benoît, un café de mala muerte que encontraron a unos treinta metros de la carretera. Se bajaron del fiat y entraron todos juntos.

Don Carlitos se acercó a un hombre, adusto y soñoliento, que parecía ser el dueño del café y, como pudo, le pidió que llamara a la policía. Como el hombre de la boina no le entendió, don Carlitos hizo una serie de ademanes, simulando una pistola para darle a entender que quería llamar a la policía. Esto espantó momentáneamente al dueño, por lo que el pequeño patriarca dijo en son de disculpa:

-No, no se espante... pistola, no. Je veux... -Y tartamudeó una serie de palabras francesas mezcladas con otras españolas.

-Caramba que no me entiende -le dijo a su mujer-. Luego, por casualidad, pronunció la palabra «police» en inglés y el hombre de la boina asintió con la cabeza:

-Ah, oui, la gendarmerie. Bien sûr, monsieur.

Y escribió un número en una servilleta y se la dio a don Carlitos.

-Voilà le téléphone -insistió el dueño del café, mostrándole el teléfono público.

Don Carlitos marcó el número apresuradamente y esperó un momento. Alguien contestó en la gendarmerie y don Carlitos trató de hacerse entender sin lograrlo.

-¡Está muerta!... She's dead! -gritó, colmado, en el micrófono del aparato.

-Por favor, Carlos -le dijo su mujer, angustiada-. Los niños...

-No me entienden ni el inglés ni el español -dijo el marido-. ¿Cómo se dirá «muerta»?

Nadie sabía y la comunicación no iba a ningún rumbo.

-Qu'est-ce qui se passe? Où êtes-vous? -insistía el gendarme.

Al fin le pidieron al de la boina que se pusiera al aparato. Éste lo hizo de buena gana, comprendiendo que se trataba de alguna emergencia, y dio la información que pedía el gendarme: la dirección del café, así como la descripción de los extranjeros. Éstos, según el dueño del café, eran un hombre y una mujer y tres niños. El primero de unos treinta y siete años, de estatura mediana, ni grueso ni delgado, aunque ya se le notaba una

incipiente barriga. A la mujer la juzgó muy linda, de sedoso cabello castaño y con contornos agradables. No obstante, no le fue posible detallar la emergencia o problema que tenía la pareja, pues él tampoco entendía lo que decían.

María Cristina, adivinando que aún no se sabía el motivo de la llamada, comenzó a repetir una serie de palabras y frases, a fin de atinar en una que entendiera el francés. (Sabía que si no lograba hacerse entender tendría que mostrarle el cuerpo de su madre al desconocido, algo que la desagradaba sobremanera).

-Hay una muerta -le dijo repetidas veces al dueño del café-. ¡Dígale que alguien ha muerto!

El hombre sólo alzaba los hombros.

-Muerta insistía ella. No está viva, una difunta; traemos un cadáver en el carro...

-Un cadavre! -dijo el de la boina con los ojos muy abiertos- Bien, je comprends. Quelqu'un est mort.

-Sí, sí... ¡la abuela está hecha un cadáver! -dijo don Carlitos con un tono de triunfo.

Los niños comenzaron a llorar y María Cristina se los llevó a consolar a un rincón del café. Mientras tanto, el dueño del lugar le participó la información pertinente a la autoridad y le anunció a la pareja que la gendarmerie enviaría a un agente dentro de una hora.

-Il vient dans une heure -repitió un par de veces por si no le entendieran la primera vez-. Une heure -recalcó y mostró el dedo índice.

La pareja le entendió perfectamente. Don Carlitos se puso a pensar.

Tendrían que esperar una larga hora. ¿Por qué tenía que demorar tanto el agente? Una hora era mucho tiempo. El cadáver no podía aguantar más en el baúl. Hacía mucho calor. ¡La temperatura en la cajuela del fiat alcanzaría, por lo menos, unos noventa grados! Pero, ¿qué remedio les quedaba? No tenían otra alternativa más de esperar a la autoridad. Estacionaría el auto debajo del árbol más frondoso para que no se calentara mucho.

Don Carlitos dejó a su mujer e hijos en el café y salió precipitadamente a estacionar el coche debajo de los pinos que había visto al acercarse al establecimiento.

De pronto arqueó las cejas y exclamó:

-¡Hijos de la gran puta!

Casi estallaba en llanto al descubrir que el auto no estaba donde lo había dejado.

-¡Imbécil, idiota, mentecato! ¿Cómo pudiste hacer tamaña burrada? -se dijo, netamente angustiado.

Don Carlitos, en su premura, había dejado la llave en el coche y las puertas sin cerrar. Ni el ladrón más torpe o tímido habría dejado de aprovechar tamaña oportunidad. ¡El coche clamaba que se lo robaran!

Al término de tres horas de espera llegó el van de la gendarmerie y se bajó un oficial corpulento. Saludó al dueño del café, a don Carlitos y a su familia y comenzó a sacar apuntes sobre lo acaecido. Con la ayuda del

dueño, don Carlitos le explicó al oficial que alguien se había robado el auto con todo y la abuela, su suegra, la cual había fallecido esa misma tarde.

Una vez tomados los datos, el oficial se rascó el mentón con el lápiz y comenzó a explicar lo que se llevaría a cabo a partir de ese momento. Con señas y algunas palabras en inglés, el hombre grueso le hizo entender a la pareja que se alertarían a todas las unidades de la gendarmerie disponibles, a fin de buscar el auto robado. Una vez que dicho vehículo se encontrara, recuperarían el cadáver para llevarlo al depósito más próximo. Mientras tanto, les pedía el pasaporte de la difunta, aconsejándoles que se alojaran en Toulouse esa noche. Debían comunicarle el nombre del hotel una vez instalados, a fin de informarlos con respecto al caso.

Don Carlitos le dio las gracias al oficial, así como al dueño del café, y pasó a llamar a un taxi para el viaje a Toulouse.

-Bueno, ya está en manos de la autoridad -dijo don Carlitos a su mujer, algo sosegado-. La policía, Dios mediante, pronto encontrará el carro.

-Ojalá que así sea -dijo María Cristina. Y añadió, angustiada-: ¡Mi pobre madre! ¡Qué horrible que ande viajando con unos ladrones! ¡No tienen perdón de Dios!

Horas más tarde, con la ayuda del conserje del hotel, el cual sabía bastante inglés, don Carlitos llamó el número que el gendarme le había dado y solicitó un informe sobre el caso. Sin embargo, no le pudieron participar ninguna novedad al respecto, ya que el oficial encargado aún no había presentado el informe al capitán.

Don Carlitos insistió, diciendo que quería saber si ya se había iniciado la búsqueda del vehículo robado. Cuando el conserje le tradujo la respuesta, la cual fue negativa, el sudcaliforniano exclamó, frustrado:

-¡Maldita sea!

Nada se podía poner en marcha hasta que se presentara el informe del oficial, le explicó el conserje, de acuerdo con lo que la gendarmerie le había dicho.

-¿Qué vamos a hacer? -dijo María Cristina.

-No sé -contestó don Carlitos, encolerizado-. ¡Mi suegra se pudre y estos señores aún no hacen nada!

-¿Qué nos queda? ¿Cruzarnos de brazos y esperar?

-No... Hay que hacer algo... -dijo don Carlitos, después de una larga pausa-. ¿Por qué no nos ponemos a buscar el fiat nosotros mismos? Es mejor hacer eso que quedarnos aquí como estatuas de sal.

María Cristina, sonriendo tristemente, asintió con un movimiento ligero de la cabeza y don Carlitos se fue a buscar otro coche de alquiler.

Al día siguiente, dejaron a los niños en el hotel con muchas recomendaciones, así como prohibiciones, y salieron en busca de la abuela. Si tenían suerte la encontrarían ese mismo día, pensó el marido de María Cristina. Los ladrones, con toda probabilidad, no se habían ido muy lejos, pues el auto no les interesaba. Eran las maletas, las cámaras (una de video) y las pequeñas cosas de valor, las que buscaban. El fiat, probablemente, estaba estacionado en alguna de las muchas callejas de

Toulouse.

Con el plan de la ciudad en la mano, recorrieron, sistemáticamente, las estrechas calles de la vieja ciudad; cruzaron los puentes sobre el río Garonne varias veces, examinando los estacionamientos y garajes públicos, pero todo su esfuerzo fue en vano. Parecía una tarea imposible. Pasaron a las pequeñas aldeas en torno a la ciudad, se asomaron a las cocheras de las casas y se pusieron a observar los autos que transitaban por las calles.

Muy tarde, sobre las ocho de la noche, cuando el sol se ponía en el horizonte, María Cristina exclamó:

-¡Basta ya! Hay que dejar de hacernos tontos. Nunca vamos a encontrar el fiat. ¡Es una tarea imposible!

-Tal vez tengas razón -dijo don Carlitos, rendido-. Vámonos al hotel. Mañana será otro día.

Al acercarse al hotel, en la entrada del estacionamiento del mismo, María Cristina, levantó una ceja y dijo:

-Mira... ¿No era de ese color el fiat? -Y apuntó con el dedo índice.

-Bueno... sí -dijo don Carlitos cerrando un poco los ojos para enfocar-. Era rojo, pero no creo que sea el caramba carro.

-Fíjate en las placas dijo ella. ¿Te acuerdas del número?

-Me lo aprendí de memoria, cómo no. A ver... ¡Caray! ¡Ése es el desgraciado fiat!

Era el fiat alquilado, el mismo donde estaba sepultada su difunta suegra.

Los hijos de la perrísima -juzgó don Carlitos sin duda-, se habían detenido ahí para trasladar las maletas y lo demás a otro coche. Era el lugar ideal, ya que nadie sospecharía nada. En el estacionamiento de un hotel era natural que se sacaran y metieran maletas a toda hora.

Don Carlitos se asomó por la ventana del lado del conductor y vio las llaves tiradas en el asiento de enfrente. Luego abrió la puerta, la cual no estaba atrancada, y cogió las llaves para asomarse al baúl del vehículo. Pensaba sacar el cadáver de su pobre suegra y llevárselo a la autoridad para que ésta lo depositara en el depósito cuanto antes.

Al abrir el baúl, tanto él como su mujer perdieron el color del semblante:

-¡Santo Dios! -exclamó ella.

-¡Malditos! -gruñó él.

El baúl estaba vacío.

En las afueras de la ciudad, en una casa modesta hecha de ladrillo rojo, dos hombres melencidos y desaliñados se pusieron a bajar las maletas y un pesado bulto envuelto en una gruesa manta. Una vez que se encontraron en una pequeña sala lóbrega con las puertas bien atrancadas, los dos ladrones, plenamente alborozados, se pusieron a hacer un inventario del botín. Encontraron una máquina fotográfica de primer orden, la cual les agradó mucho; luego una cámara de video con su estuche y demás gadgets; enseguida sacaron ropa de toda clase (entre ella, alguna fina): suéteres, camisas y blusas de seda. Sacaron, asimismo, calcetines, medias y ropa interior que, por cierto, no valía mucho, pero no dejaba de ser botín.

De hecho, uno de los ladrones, el más joven, no quiso despreciar nada, midiéndose el portabustos de María Cristina con la carcajada en la boca:

-Je suis belle. N'est-ce pas? -dijo, haciendo una mueca seductora.

-Imbécile -le dijo el otro, conteniendo la risa.

De lo que encontraron en las maletas, algunas cosas valían algo, por lo que podrían ganarse un puñado de francos. Pero el hombre mayor no estaba satisfecho. Había tenido la esperanza de hallar dinero, pasaportes, tarjetas de crédito, artículos que en otras ocasiones les habían aportado una buena suma.

-Merde! Ça ne vaut pas la peine -dijo.

-Ah, ¡pero todavía quedaba el bulto envuelto en la manta! Tal vez algo muy valioso se encontraba ahí.

Enseguida se pusieron a desenvolver el contenido de la manta, empujando y tirando de la masa blanda, hasta que salió rodando la anciana difunta.

-¿Quoi? -dijo el melencólico mayor.

-C'est une vieille femme morte! -exclamó el melencólico más joven, haciendo una mueca de terror.

Luego les dio el tufo de la muerte y se apretaron la nariz, gesticulando asco. La pobre abuela ya llevaba varias horas en la cajuela del fiat.

El hombre mayor se rascó la cabeza, tratando de analizar la situación.

Al término de una larga pausa, dio su dictamen: había que llevar el cadáver al río y echarlo en lo más hondo.

-Oh, oh, je ne sais pas, je ne sais pas -dijo el otro, rascándose la cabeza con el mismo nerviosismo de su compañero. El melencólico joven no estaba seguro. Le parecía un sacrilegio desecharlo a la mujer de esa forma.

¿Acaso no era algo mal hecho? ¿No sería pecado sin perdón de Dios?

Estas inquietudes dejaron al hombre mayor algo perplejo. Hasta ese momento jamás había oído sentimientos religiosos en boca de su compinche.

-Tu plaisantes ou quoi? -dijo el ladrón, irritado.

No, no estaba gastándole bromas. El jovencito hablaba en serio. No creía justo ni aconsejable deshacerse del cuerpo de esa forma. ¡Eso era de bestias! Y él no quería ser una bestia, aunque hubiera hecho muchas fechorías en la vida y tuviera el corazón muy duro. Además, él también tenía abuela.

El ladrón mayor dio un par de gruñidos, hizo algunas muecas de enfado, pero no dijo nada que ofendiera la contradictoria virtud del colega. Al cabo, no valía la pena reñir por una cosa tan ligera como el desecho de un cuerpo. Estaba dispuesto a proceder como su compañero dijera.

-Qu'est-ce que tu proposes? -dijo.

Más tarde, con la nariz tapada con una cinta adhesiva, pusieron, respetuosamente, a la anciana difunta en un enorme costal de papas y se la llevaron al Café Petit Saint-Benoît en las afueras de Toulouse donde se habían robado el auto.

La idea del ladrón más joven era la de dejar el cadáver en una de las puertas traseras del café para que el dueño, al llegar a abrir su negocio en la mañana, encontrara el cuerpo y llamara a la policía o a la familia de la difunta. De esa forma, la familia se encargaría de darle digna

sepultura a la anciana y ellos, los ladrones aunque malhechores cumplían con Dios y con los hombres. Amén.

Al día siguiente, de hecho, llegó el dueño a abrir su negocio y encontró el costal o saco de papas recostado contra la puerta y pensó en Jean-Claude, el ayudante de cocina. Sin duda, al adolescente se le había olvidado meter uno de los sacos de papas el día anterior.

-Jean-Claude, viens tout de suite -llamó el dueño al ver llegar al muchacho. Éste era un chico de unos diez y ocho años de edad, de tez macilenta y cuerpo alargado.

El dueño le ordenó que arrastrara el saco hasta la despensa y lo colocara entre los otros, tarea que pronto desempeñó el muchacho, aunque con mucho esfuerzo.

Más tarde, pasó a la cocina el cocinero, un hombre rojo y robusto con una barriga protuberante, y comenzó a preparar el menú del día, moviendo trastes y alimentos, al mismo tiempo que canturriaba un refrán popular. Pasó a la despensa una, dos, tres, cuatro veces para recoger verduras, así como otros alimentos, y a la quinta vez reparó en un olor fuerte.

Algo estaba podrido, pensó sin más reflexión, y llamó a Jean-Claude.

-Quelque chose pue dedans -dijo.

Algo se estaba pudriendo, por lo que el muchacho debía investigar la fuente del hedor y deshacerse de ella.

El jovenzuelo, asintió con la cabeza, diciendo que, de hecho, esa misma mañana había metido un saco de papas que se había quedado al sereno la noche anterior.

-Ça m'a senti un peu mauvais -dijo Jean-Claude, confirmando que él también había notado un ligero olor.

-A la poubelle! -dijo el cocinero, sin más comentario.

Había que botar todas las papas, pues éstas luego se apestaban con el agua. Era un hedor insufrible.

Obedeciendo al barrigón, el adolescente entró en la despensa, olfateó el saco sospechoso y, de pronto, echó la cabeza hacia atrás.

-Merde! -exclamó. El tufo le hirió las narices.

Otra vez tenía que arrastrar el pesado costal. ¡A él le tocaban las peores tareas!

Y se puso a arrastrar el saco hasta el contenedor-receptáculo de basura, dejándolo ahí, sin echarlo dentro, ya que pesaba mucho y Jean-Claude no aguantaba el olor. Los obreros, de todas formas, echarían las papas podridas en el camión para llevarlas al vertedero, estuvieran o no estuvieran dentro del contenedor.

El muchacho, en su premura, no se dio cuenta que el costal se había descosido en una de sus extremidades y un pie de la abuela, hasta el tobillo, se asomaba por el hueco.

A las diez de la mañana sonó el teléfono en la habitación de don Carlitos. Este contestó y oyó la voz del conserje.

-The police found your belle-mère -dijo, terminado la frase en francés, pues se le escapaba la palabra exacta en inglés. De todas formas, don Carlitos le entendió, dándole las gracias por servir de intérprete. Ahora

había que ir a la comandancia a firmar unos documentos, luego al depósito para agenciar la preparación y transporte de su suegra a Los Ángeles.

-Gracias a Dios -dijo María Cristina, suspirando.

-Con esto nos ganamos el cielo -dijo su marido.

Una semana más tarde, se celebró una solemne misa en la iglesia parroquial de Rosemeade, uno de los suburbios de Los Ángeles, con toda la familia presente, así como amigos y conocidos. La gente, en esa ocasión, dijo que los niños, a pesar de estar tristes por la muerte de la abuela, no lloraron. Tampoco les notaron lágrimas en los ojos a don Carlitos y a María Cristina.

Después del entierro y la reunión de familiares y amigos, la pareja, encontrándose solos, dio un suspiro cada uno, agradecidos por la paz que sentían, después de más de una semana de tormento.

-Voy a extrañar mucho a mi madre -dijo María Cristina, tristemente. Y luego añadió:- Tal vez si no hubiéramos ido a Europa todavía estaría viva.

-Ni lo pienses -dijo don Carlitos, abrazándola-. Igual se habría muerto aquí que allá. Además, ella quería ver Europa. ¿No te acuerdas de lo contenta que estaba cuando supo del premio?

-Tienes razón -dijo María Cristina-. Ella quiso ir.

-Y lo disfrutó mucho, ¿no es verdad?

-Es verdad, querido -dijo María Cristina- jamás la vi tan animada.

-Sí... tenemos el consuelo de que doña Cristina Rómulo Viuda de Galán murió gozando de la vida. -Y luego le vino la siguiente reflexión a don Carlitos:- ¿Y cuántos entre nosotros, los seres humanos, llegaremos a tener tal dicha?

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

